COLECCION
fuen
de
todos

6

CON LOS CINCO SENTIDOS

leopoldo
de luis

EDICIONES
JAVALAMBRE
ZARAGOZA, 1970

R. 49.791
3
F
661

leopoldo de luis

CON LOS CINCO SENTIDOS

Para José Luis Cano,
con un cordial abrazo de su amigo

Leopoldo de Luis

Madrid, nov. 1970

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE ANDALUCIA
Granada

EDICIONES JAVALAMBRE

publica su

COLECCIÓN «FUENDETODOS» DE POESÍA

bajo proyecto y dirección

de

JULIO ANTONIO GÓMEZ

Editor: Javier Climent

Director de Ediciones: Eduardo Valdivia

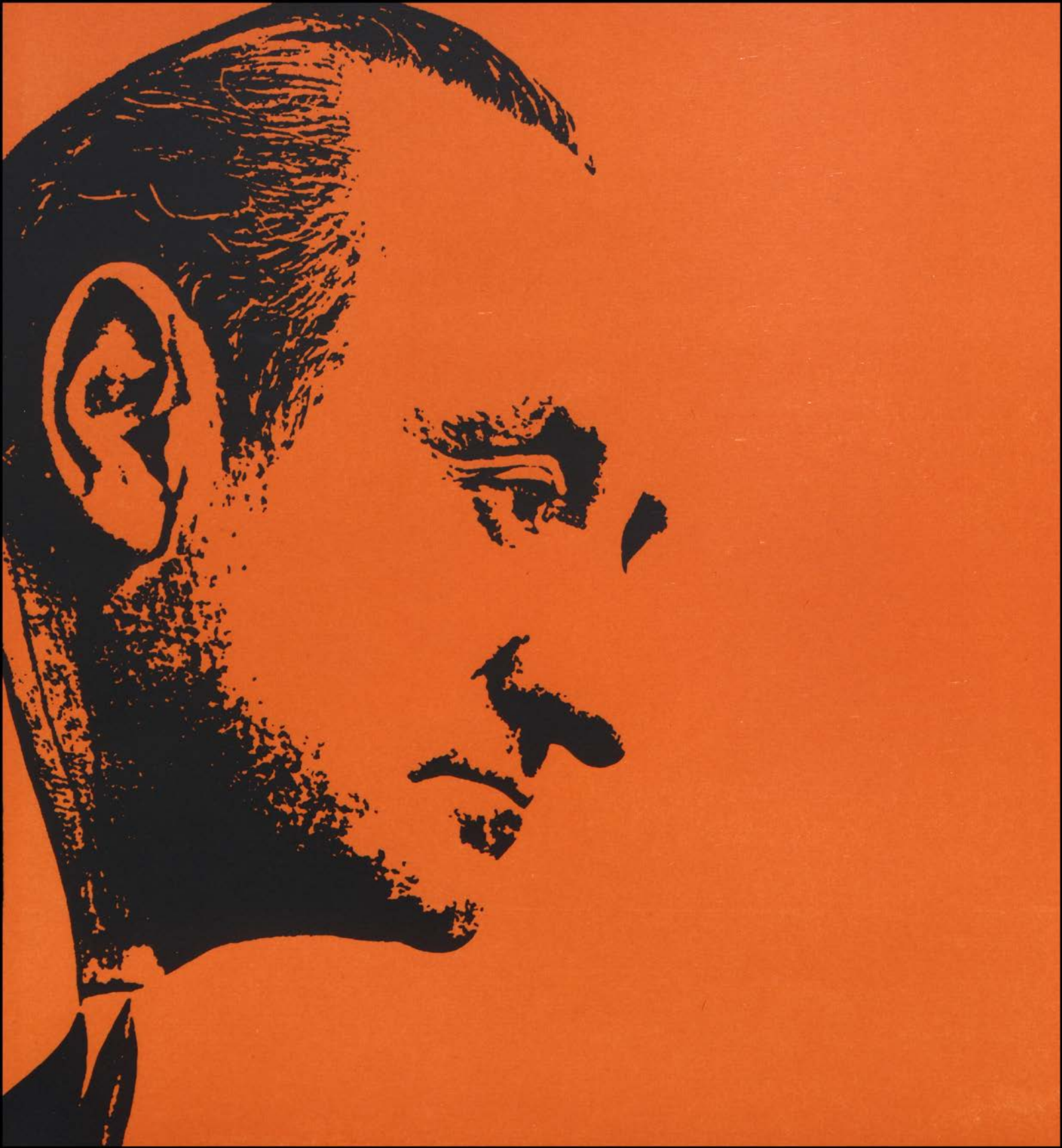
Supervisión de Luciano Gracia

Fotografías de J. Alcón

© COPYRIGHT LEOPOLDO DE LUIS

ZARAGOZA, 1970

DEPÓSITO LEGAL Z-282-70



leopoldo de luis

CON LOS CINCO SENTIDOS

COLECCIÓN "FUENDETODOS" DE POESÍA - Número 6
EDICIONES JAVALAMBRE
ZARAGOZA, 1970

1

vivir para ver

«Vivir para ver», dices. Y las cosas,
que son la vida, salen de la noche.
A nuestro lado, graves o ligeras,
sus formas salvadoramente ponen.

Y vamos viendo este pequeño mundo.
Nuestros ojos qué bien lo reconocen.
Un poco nos fatiga su costumbre
pero cuán muellemente nos acoge.

Esta mesa, esa lámpara, la silla,
el libro... Son como los goznes

sobre los que la vida cierra y abre
sus diarios balcones.

Miramos hacia afuera. Vemos. Vivos
aún estamos. A salvo. La hecatombe
no nos cogió. La vida sigue y todo
surge de nuevo modelado en bronce,

hecho la estatua viva, el monumento
a lo real. Su molde
aún está en nuestros ojos, sucesivos,
infatigables escultores.

veo la mañana

Abro los ojos para un nuevo día.
Veo mi cuarto: el techo, las paredes.
Un pez de sombra flota todavía
entre estas cuatro redes.

Entre estas cuatro redes también floto
no sé si libre, no sé si cautivo,
y por el túnel voy del sueño roto
a la diaria costumbre de estar vivo.

En el recinto oscuro que ahora veo
hago para la muerte aprendizaje,
con ella libro un lento forcejeo
para vestirme el mío y no su traje.

Vuelvo a ver los objetos cotidianos
traspasados de amor y de costumbre,
casi vivos también y casi humanos,
prestando confianza y certidumbre.

El pan sobre la mesa me trasmite
la convicción de un mundo pequeño que en mí gira.
Acaso el diario esfuerzo necesite
creer la vanidad de esa mentira.

Salgo a la calle y veo el carro donde vierte
la ciudad triste escoria de su marchita lumbre.
La vida se afianza sobre su propia muerte
y camina dejando lastre de podredumbre.

Veo pasar las gentes presurosas, y el mundo
ante mí crece y crece igual que una marea
de firmes realidades donde me hundo
y la vista con todo otra vez se carea.

veo el dolor

Veo el dolor, y sé que es ropa triste
y lacio pelo y rostro de alba rota.
Veo su lenta procesión remota
que desde el fondo gris del tiempo existe.

Veo cómo a mis gentes de hoy las viste,
las corona de espinas, cómo brota
de frentes injuriadas esa gota
que bajo el cielo, el sol, la luz, resiste.

Veo su mano acariciando todo,
hiriendo todo de humillada sombra.
Mis sueños de salvarlo son baldíos.

Me veo atado ya codo con codo
porque su labio a mí también me nombra.
Corro la misma suerte que los míos.

veo un juego triste

No tener ojos fuera necesario
para no ver las cosas,
el muestrario
de esqueletos y rosas

que nos exhibe el mundo cada día,
el álbum familiar de nuestros muertos
y nuestros vivos, la fotografía
clara para los ojos bien abiertos.

Diente por diente y ojo
por ojo. El cruel juego
la vida ha puesto al rojo.
Sólo no lo ve un ciego.

Sólo un ciego no ve que lentamente
va cambiando las piezas a escondidas
alguien sobre el tablero, pero enfrente
no hay nadie que sostenga la partida.

Viéndolo estamos y jugar queremos
la pieza clave: la segura.
Tomar la realidad como unos remos
para mover el agua triste, oscura.

Para salir a flote del pequeño
naufragio en que nos hunde cada tarde
el fracaso de un sueño
o una duda cobarde.

Sólo nos salvará ver cara a cara
el rostro del que juega con nosotros.
No cejamos. Si se hace tarde para
verlo tal vez lo logren otros.

Nuestros ojos al menos habrán hecho
algo de luz entre los acertijos
del triste juego estando así, al acecho.
Detrás seguirán viendo nuestros hijos.

A ellos les servirá que nuestros ojos
—esta pobre ansiedad que llora y mira—

veo los niños

Mira la vida, está en los ojos
de estos niños. Pasar los veo.
La esperanza se deletrea
en sus menudos alfabetos.

En el viejo encerado escriben
sus signos prodigiosamente nuevos.
Aprendamos su abecedario
si salvar de la muerte queremos.

En sus bolsillos escondido
o enredándose entre sus juegos
está el mundo que no será
este mismo que ahora tenemos.

Si deseamos saber algo
los niños son nuestros maestros,
lo que nosotros aprendimos
¿vale aún, tan gastado y viejo?

Cómo hablarles de tantas vagas
ideas en que no creemos,
cómo darles la certidumbre
si la duda nos pone cerco,

con qué palabras les pintamos
la justicia que no tenemos
o elevamos ante sus ojos
la libertad, si estamos presos.

Y cómo hablarles de la patria
si la patria mejor son ellos,
o de la historia, si la historia
se va a tejer entre sus dedos.

Apenas si nos es posible
más que mostrarles el concreto
ámbito real: este es el monte,
este es el mar, el río, el puerto...

Este es el mundo: una gran casa
en la que el hombre habita y trémulo

mira el milagro tan previsto
y asombroso del diario suceso.

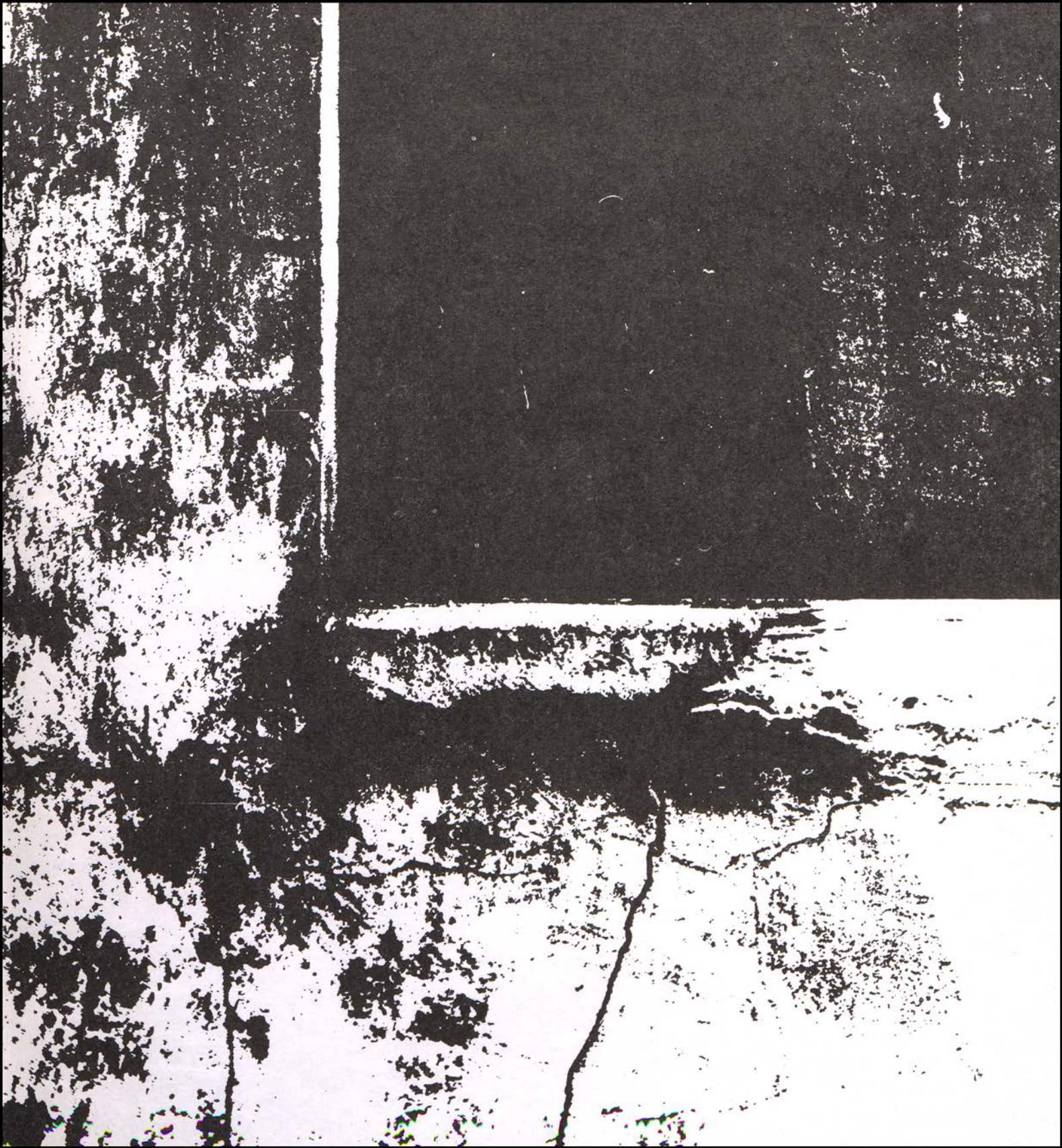
Apenas si nos es posible
mostrarles puros los objetos,
las exactas y persistentes
formas, sus límites escuetos.

Mira los niños. Han salido
alborozados al recreo.
Veo sus manos que ahora juegan
con tizas y piedras e insectos.

Estas manos tendrán mañana
del trabajo los instrumentos.
Vuelven a clase y hay un pájaro
aleteando en cada pecho.

¿Volará con mejores alas,
por un aire mejor que el nuestro?
Tomad la tiza, y en el cuadro
desalentadamente negro

escribid **VIDA**, con mayúculas,
a ver si los rasgos inéditos
le pueden dar a la palabra
otra vez su dorado fuego.



ante los «objetos» del pintor manolo millares

Una arpillera rota, desgarrada
por donde sale el corazón herido.
Pero no pasa nada.
Sólo que hemos vivido.

Sólo que hecho jirones clavo a clavo
de esto que llaman vida el saco roto
cubría un hueso esclavo
como un rastro remoto.

La sangre derramada injustamente
por todos los rincones de la tierra
llega humilde y caliente
como una pobre perra

para lamer en la desgarradura
hasta teñir el clavo, el hueso, el mundo
hasta poner al rojo la basura
y al muerto vagabundo

que resucitará en cualquier instante
para volver a ser triste arpillera
y roto agonizante
que ya no tiene espera.

Una mano implacable zurcidora
recompone, remienda y ata cabos
y hay un cordel que llora
su triste zigzagueo. Por los clavos

no de Cristo, del hombre están pidiendo
piedad estos despojos.
La vida, una arpillera que pudriéndo-
se va, ante nuestros ojos.

Dónde fue la hermosura, dónde el suave
color de las mañanas y sus luces.
Dónde dejó el pincel su temblor de ave
y el pintor se hizo cruces.

El pintor se hizo cruz y se hizo fosa
y se puso a gritar sobre sus trapos

gritos o piedra al agua cenagosa
donde escupen los sapos.

Vendrán los secos rastros temblorosos
de frustración como alucinaciones
a dejar sus desechos andrajosos
y sus mutilaciones.

Vendrán los abultados tegumentos
y el alquitrán vistiendo los tumores
y arrugarán, deformarán qué vientos
trágicos los turgentes bastidores.

Las telas tumefactas
que injuria el ruin derribo
son como secas actas
de un muerto mundo vivo.

Y la triste arpillera
que es el hombre atrapado
llora como cualquiera
viéndose retratado.

2

oir crecer la yerba

Biblioteca de Andalucía Granada

«Se oye crecer la yerba», me decías.
Porque la vida es como un gran silencio,
como una enorme playa donde llegan
en oleaje confundidos, ciegos,
los pequeños rumores de las cosas:
la semilla que prende, el diminuto élitro,
la eclosión de los brotes, unas gotas
que penetran los poros del subsuelo,
la materia que al sol dilata un poco
su masa, ese concierto
indefinible, música que orquestan
las invisibles manos del misterio
que es vivir.

El oído
lo descubre en secreto.
Por fabulosos laberintos baja
a constatar la vida. Un eco
minúsculo nos dice que es la yerba,
la realidad, que crece, y que a su acecho
estamos todavía. Entretejidos
en el rumor de todo. Nuestro apego
a la vida es un íntimo susurro,
un infantil vagido incierto
que nos delata.

Somos también yerba
tú y yo, creciendo en el silencio.

oigo la voz

Oigo tu voz, puente sonoro
por el que entrar hacia tu mundo,
musical galería que conduce
hasta tu reino más oculto.

Suena tu voz, camino audible
por donde subes del profundo
pozo escondido, caracola por
la que tu corazón no es mudo.

Sé que vives por tu palabra,
sé que vivo porque la escucho.
La vida es voz que nos revela,
que nos saca de lo nocturno.

oigo el llanto

De los oficios de estos cinco obreros
que me acercan la vida, es el más triste
hacerme oir los llantos compañeros.
La más trágica música que existe.

Las gentes que caminan a mi lado,
las que comparten mi diaria suerte,
emiten desde el pecho un ruido sofocado,
igual que yo, camino de la muerte.

Un ruido sofocado hecho de llanto,
de represada pena que se ahoga

y tiene que buscar salida a tanto
silencio que es en la garganta soga.

En la garganta soga estrecha, nudo,
y arena entre los párpados resecos,
y ya no puede más el pecho mudo
ni más los ojos como heridos huecos.

Y entonces se desata el oleaje
del diminuto mar que hasta mi oído
trae su humano mensaje,
su pequeño y dramático sonido.

oigo la risa

Que somos un continuo proyecto, una aventura,
lo sabemos, y a veces el corazón se asoma
alegre hacia el futuro, se apresura,
y le vuela la risa, igual que una paloma.

Oigo la diminuta cascada de la risa
por la que el hombre un poco al niño retrocede,
por la que todavía la fresca hierba pisa
y mirar cara a cara a la inocencia aún puede.

La risa que oigo y quiero oir es siempre pura.
Sonoramente libra al hombre de agrias heces.
Las ventanas le abre de alguna estancia oscura
y en los pozos más hondos le pone rubios peces.

Me gusta oir la risa de los que sé que lloran
también, de aquellos mismos que sufren tanta pena,
y pienso que las manos de la vida elaboran
sencillos paraísos que el corazón estrena.

La risa es una hermana menor de la esperanza.
Como es un poco niña más libertad le dejan.
Suena, y el aire cobra como más confianza
y las cosas más puras, más pequeñas semejan.

Si las rosas sonaran, sonaría su encaje
como la risa suena entre los dientes
que deponen su triste y apretado coraje
y se abren entre rosas sonrientes.

La risa me trasmite un cálido sonido.
Es lo mejor del hombre lanzado hacia el futuro
lo que aletea y se alza de su sonoro nido.
Algo en su corazón resiste puro.

oyendo música

La música es un pájaro huido de su jaula
que se golpea contra
las paredes, es una libertad que se rompe
las venas más allá de la costa sonora.

Un diamante es la música que se quiebra en mil trozos,
una cadena de oro que da vueltas y enrosca
arandelas de luz sonando en torno al mármol,
en torno a una columna de delgada memoria.

La música es una ave encantada que busca
quien clave un alfiler en su dulce cabeza de paloma
para volver a ser clara muchacha
amada entre los árboles del sueño por la sombra.

La música es insignia sobre el pecho.
Condecorado oyente que aventura en la bóveda
sideral su finísimo oído. El tiempo se detiene,
amanece lo hermoso, la creación del lado de lo eterno se escorza.

Bajad, desposeídos de la tierra,
llegad desde las mudas montañas inarmónicas.
¿Qué música os libera? ¿Qué dios alza sus himnos
salvadores? ¿Qué mar os cubre, sordas rocas?

como quien oye llover

Llueve tanta tristeza por las cosas,
tanto dolor redobla en los tejados
su agua de injusta nube acumulada
sobre la soledad y el desamparo...

—Es la lluvia, decís. Y el ruido sigue
sobre el cristal del corazón sonando,
y el agua rueda oscura, amargamente,
moja los pies de los que van descalzos
por la vida, recorre pueblos, plazas
de amargura, penetra en hondos cuartos
donde la desesperación es quien espera
y lo que moja son cuerpos de llanto.

—Es la lluvia, decís. Y lo creemos
porque es mejor creer que este taladro
en nuestro oído es lluvia y no es el trote
cansino de un ciego caballo
de injusticia que cruza
las calles de la vida a nuestro lado.

—Es la lluvia, decís. Y la tristeza,
y el rencor y el odio y el asco
golpean el suelo, y al fondo se siente
el sollozo de un niño asustado.

—Es la lluvia, decís. Y seguimos
y vamos oyendo llover sin querer enterarnos.

3

algo huele a podrido en dinamarca

Dinamarca es la vida, joven Hamlet,
y algo huele a podrido, a muerte, a pena,
algo nos trae su olor de agua sombría,
su náusea de tristeza.

Pero también la vida huele a mayo,
a mujer y a promesas.
La vida puede ser una brazada
de heno jugoso en una era
o un corazón de pinos perfumando
su quemada madera.

La acre transminación que da la vida
es pura porque es hija de la brega,

pura porque el amor la hace fecunda,
o porque de su fimo una flor crezca.

La olfacción nos adentra en un paisaje
invisible en que reinan
exhalaciones múltiples de activa,
feraz transformación de la materia.

Sólo huele a podrido lo que pone
en juego el vicio, el odio o la miseria.
Es la injusticia solamente lo que
en esta dinamarca o vida apesta.

olor de tierra

Y algo que es tierra en nuestra carne siente
la humedad del jardín como un halago.

A. MACHADO

Creo en la tierra porque soy yo mismo.
Cuando siento su olor, más claramente
me llega esta verdad. Mi tierra siente
que nació de un pequeño cataclismo.

Me asomo al hondo olor como a un abismo
y al pecho se me enrosca su serpiente
de aroma. No soy tierra diferente.
Oler es delicado mecanismo

que torna el barro humano a sus matrices
y descubre en las viejas cicatrices
el dolor de una tierra enamorada.

El húmedo perfume nos convoca
y sentimos de tierra por la boca
como una densa y áspera oleada.

ese acre olor

Un olor acre emana de la vida,
del cansancio, el dolor y la penuria.

La fatiga, el trabajo que se arrienda,
desde su oscuridad callada actúan
y los cuerpos de vuelta traen rendidos
una tristeza oculta
que se propaga en agrio desencanto
de olor arisco entre las gentes que se agrupan.

La fiebre acosa en lentas oleadas
contra la macilenta carne oscura.
Nace un hedor enfermo entre las ropas
de los que sufren, su frontera abrupta

levanta heridamente,
contra el perfume del vivir en pugna.

La pobreza se hermana a ese olor triste
de las paredes húmedas,
del vaho que desprende por los cuartos
sombríos la cocción de las verduras,
la salobre aspereza que los secos
pescados económicos rezuman.

Huelen las servidumbres del vivir
y sus formas injustas.

Un olor acre emana de la vida
cuando la vida así se frustra
en el agotamiento de la carne,
en la miseria y la tristeza juntas,
en la desolación y el desencanto
igual que flores mustias.
Se estanca así la vida como légamo
en miasmáticas lagunas.
Y su trasminación penosa llega
y compartimos su amargura.

recordando un perfume

La vida me adelanta un mensajero
delgado. Pone cada
cosa viva en el aire su existencia
como invisibles alas.

A ciegas avanzamos
y el olor es un hilo
de Ariadna que nos lleva de la mano
fuera del laberinto.

Nuestros sabuesos van buscando rastros
y damos a un aroma
alcance y lentamente recreamos
el tiempo entre la sombra.

hueles de una manera diferente

Hueles de una manera diferente.
Amar es una forma de olor. El cuerpo impone
su presencia de aroma que subleva
esa selva, ese bosque
que somos.
No te veo.
No llego a tu contacto. Llegan flores
raras, deshechas, invisibles.
Certidumbre de ti en medio de la noche.

Un salvaje rosal es tu olor. Una
paloma es, y su vuelo recorre
hasta mí el aire. Una

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

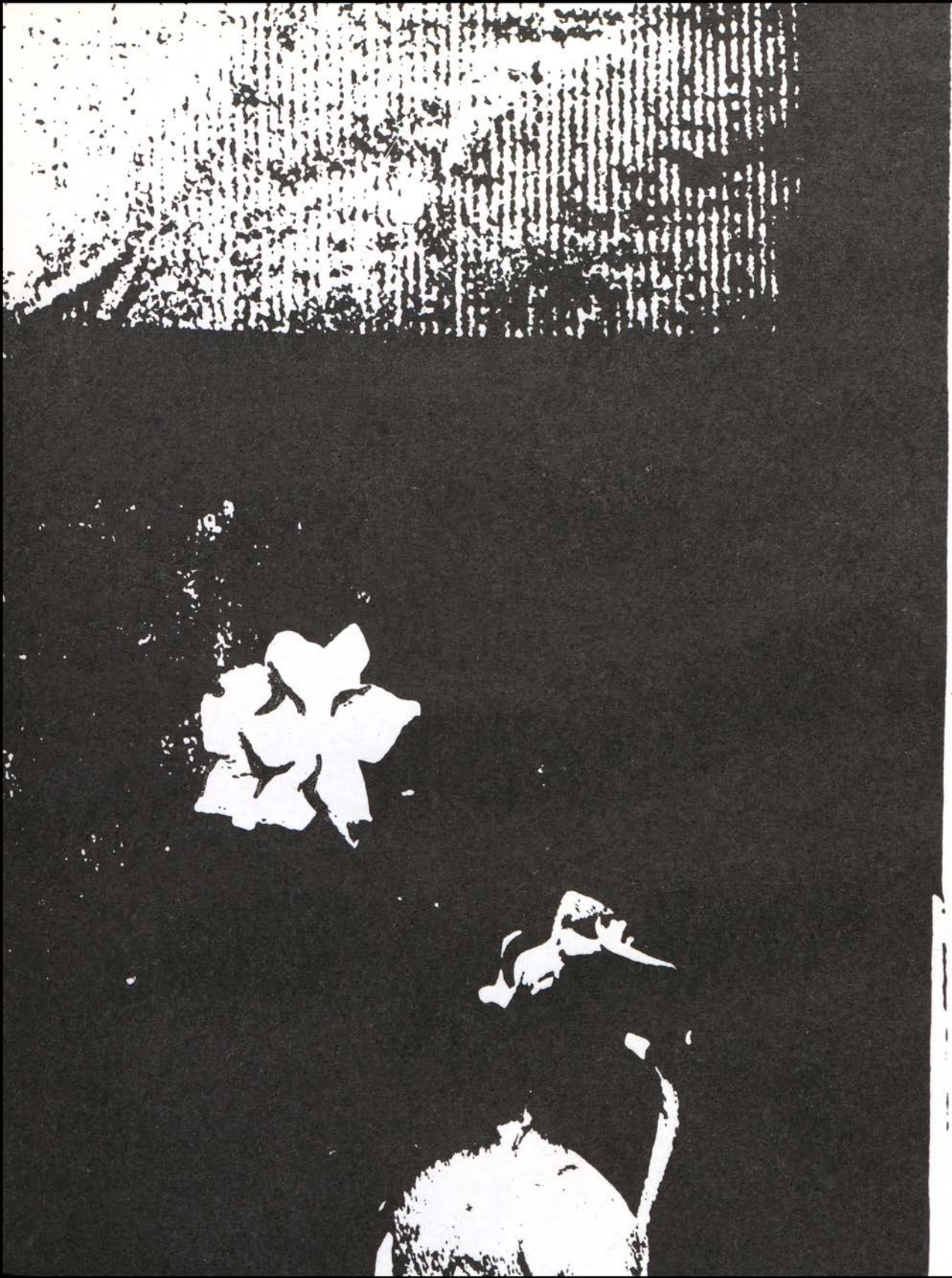
profunda cabellera esparcida en el borde
de mi memoria.

Tu enredada aroma
entre mis dedos algo tuyo esconde.
Hasta mí llegas cada día hecha
olor enmarañado de azucenas y aloes.

Trasminas existencia. Te declaras
realidad amorosa que responde
a mi busca. Llamada
que su contestación en mí recoge.

Rastro exhalado, huella
reconocible, evanescente torre
de olorosa verdad. Humana aroma
de mujer junto al hombre.

Amar es una forma de olor. Llegas
fragante. Llego. Nos acoge
la onda que huele a vida enamorada,
a claveles que en dos bocas se rompen.



huelen las rosas

Sobre la mesa has puesto un barro humilde
con unas rosas que lo justifican
igual que justifica al hombre un claro
destello, una esperanza, una sonrisa.
Huelen las rosas, y sentir su aroma
también es dar constancia de la vida,
es percibir la realidad que llega
en su increíble y breve maravilla.

Huelen las rosas. Qué delgado mundo
de fragancia nos llega en su caricia.
Qué prodigioso mecanismo se hace
necesario hasta dar con esta mina

sutil de olor. Cuántos secretos reinos
vegetales, qué incógnitas provincias
de botánica acción, desde la tierra
suben elaboradas, resumidas,
adelgazadas hasta lo indecible
para ser un milagro entre la brisa
de la mañana, un invisible copo
de aroma hacia la tarde, un terciopelo
de perfume solar al mediodía.

Trabajaron obreros diminutos
y subterráneos por las galerías
donde la gota de agua y las substancias
germinales se alían.
La nieve puso un dedo entre los labios.
El viento golpeó las ramas niñas.
Deshilvanó la lluvia sus collares.
Y entre tanto, en la arcilla
porosa y maternal, manos minúsculas
manipulaban ciegas en la alquimia
del oro del perfume de las rosas
para que, al fin, se derramara un día
desde esta mesa en la que has puesto un barro
humilde, y nos regale su delicia.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Las hemos merecido?
¿Merecemos que sea así, la vida

tan hermosa y fragante, que penetre
por los sentidos su verdad sencilla
tan misteriosa y generosamente?
¿Gana el hombre sus rosas, su alegría?

Algo hay que nos responde por las rosas
una respuesta de perfume escrita
en el aire. Las cosas que manejan
nuestras manos, ¿por qué han de ser distintas
de los rosales? Con amor, ¿por qué
no son también aromas concedidas?

Vivir no es más difícil que un rosal.
Lo que anula su aroma es la injusticia.

4

la vida es un sabor

Dices: «La vida es un sabor». Largo y nocturno
sabor a sobresalto, deje
de antiguos paladares
y gustos indelebles.
Un pan mordido a oscuras,
la sal negada a veces,
un racimo de uvas inyectadas
con un vinagre ardiente.

Bajo tierra, en secreto, los sabores despacio
elaboran panales y acideces,
compactas rosas de cereal sustancia
y fríos de frutales alfileres.

El sabor es trasunto de la tierra,
su reflejo nutricio nos ofrece
con un beso lingual administrado
por los dones terrestres.
Los labios apretados de los frutos,
los ojos diminutos del trigo, la celeste
constelación de azúcar.

La lengua es una patria de sabores que vuelven
a ser sílabas, cantos naturales.
El sol, la lluvia, el llanto de las gentes
labradoras, octubre, las semillas,
llegan hasta mi boca en un torrente.

También las emociones
un hondo sabor tienen.
Son dulces los suspiros,
las lágrimas amargas, y caliente
pan machacado de clavel y sangre
los besos que nos estremecen.

Un último sabor sólo es posible.
A algo sabrá la muerte.

el sabor del pan

La vida acaso sea un pan que sabe
a una humana esperanza compartida
o a una terrible soledad. La vida.
Su sabor en un trozo de pan cabe.

Muerdo un trozo de pan cual si mordiera
toda la dulcedumbre y la amargura
de la vida y la muerte, levadura
que la harina de cada uno espera.

Tengo en la boca un gusto a pan reciente,
pasa su claridad por cada diente
y por el paladar su espuma suave.

Sé cómo llega el pan hasta la boca
cuando un esfuerzo humilde lo convoca.
Como a trabajo y a esperanza sabe.

el sabor de la sangre

Una bala en la boca
se la llenó de sangre.
Sintió como un caliente
sabor de hondos metales
cual si la vida fuera
metal que se deshace
de pronto. ¿Es el sabor
de la vida este alambre
rojo que salta o es
el de la muerte? Nadie
responde. Es ir sorbiendo
de uno mismo, ser cauce
de nuestra misma sed,
de nuestra propia hambre.

Río hacia adentro el río
que hacia afuera se evade.

¿A qué sabe la vida
o la muerte a qué sabe?

Esta sangre tragada
trae un gusto a paisajes
remotos, a perdidos
días niños distantes.
Acaso lo que vamos
siendo dentro nos late,
no pasa, se acumula
disuelto y va flotante
con nosotros, oscuro
peso, pena, bagaje.

La sangre sabe a antiguos
yos, de pronto renacen
y morimos bebiéndonos
nuestro propio linaje.

Al que lanzó esta bala
que era hermano de madre
patria, ¿no le sabrá
también la boca a sangre?

los humildes sabores

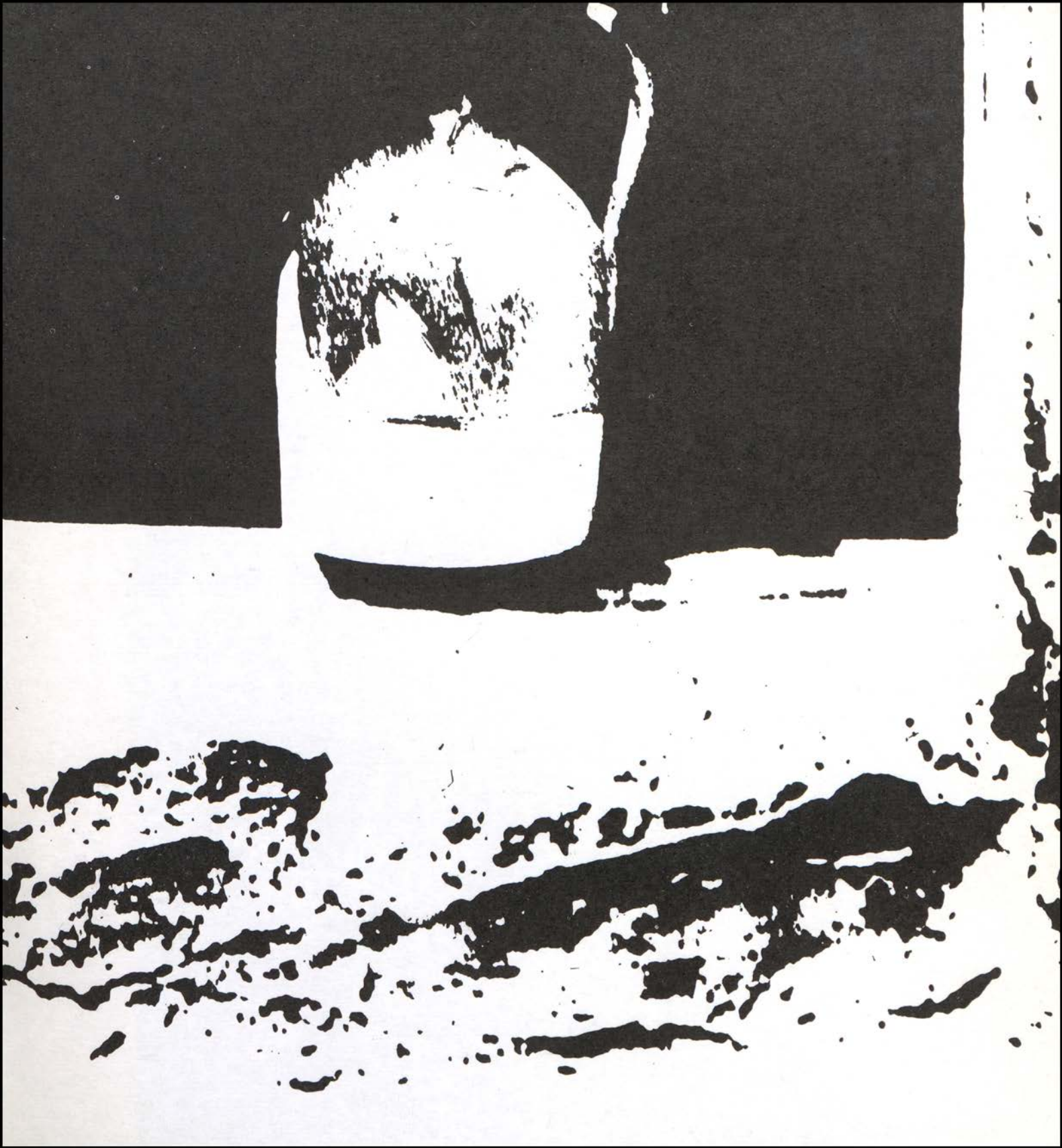
Estoy con los sabores más humildes
que son los que alimentan a las gentes
del esfuerzo y la pena. El pan moreno,
las cebollas, las coles, el aceite
de soja, las cortezas de tocino
y el rojo valdepeñas que se bebe
a oscuros tragos de silencio. Nada
puede saber más entrañablemente.

Estoy con los sabores que levantan
su tufo en las cocinas, ingredientes
modestos de las parvas colaciones
para tener en pie los cuerpos débiles,

guisos de pobres ollas que una larga
jornada cuesta mantener calientes.

La vida humilde es un sabor de hambre
que palian estos platos, este
repertorio excluído
del prolijo menú de los hoteles
y que en la brecha anónima diaria
a hombres igual que los demás sostiene.

Estoy con los sabores de la vida
difícil. Me estremece
sentirlos en mi boca y pensar cuántos
logran con ellos su único deleite.



mordí una naranja amarga

Clavé los dientes en la pulpa pálida.
Los acerbos topacios derretidos
de la naranja como espejos fieles
de sabor repitieron en la cuenca
del paladar la sensación remota.

Morder una naranja amarga deja
una huella que el tiempo no disuelve.
Con el sabor de la naranja amarga
en los huertos del Sur la guerra inscribe
su derrotada humillación, jalona
su acorralada estela. El hambre puede
y la ignominia puede ser la pulpa
carminativa de naranja acre.

(En Levante será tal vez de almendra
el amargor y por la Altiplanicie
de cereal fermentado...)
Los vencidos
aquí se van tragando gajo a gajo
su naranja o su pena
mientras transportan piedras o reponen
la pista militar, mientras perforan
unas montañas o levantan muros.

El sol de estío, otra toronja acerba,
rueda por el cidral y deja llagas.
. . . . . .
Sólo
morder esta naranja fue bastante.

aquellas sopas de ajo

Ha llegado el sabor de las sopas de ajo
en el amanecer de los presidios.
Por la tristeza de las galerías
hay un rumor de pies y de bocas hambrientas
hacia los patios de las formaciones.

De negros pozos sube el vaho fétido.
El sabor de la sopa en cada lengua
como una comunión sacrílega. Revuelve
los estómagos sucios. A esto sabe
el rencor de los otros y la sangre
perdida. Es el sabor de la denuncia.
Es el sabor del miedo y la derrota.

BIBLIOTECA VALENCIANA
de Literatura

No es un espejo el alba macilenta
por la tierra entre llanos
que aún cuartea la helada.
No nos vemos el hueco de la boca
hacia el sabor del odio
digo el de sopas de ajo entre fusiles.

5

la mano en el costado

Como Tomás, mete tu mano y dime
si no es la llaga viva lo que tocas.
Lo que palpan tus dedos son las bocas
de una múltiple herida que redime

del sueño y su inventado paraíso.
La vida es una llaga siempre abierta.
Mientras la toques es que no está muerta
tu mano, que aún te asiste el compromiso

con esa realidad: dolor y herida
y el hermoso tesón de ir desangrado
y a media muerte, pero enamorado
por el costado de la media vida.

Tocar. Creer. Las cosas su frontera
yerguen y cuerpo a cuerpo la cruzamos.
Arrancando los más hermosos ramos
tocamos nuestra propia primavera.

En las manos está todo el secreto.
El mundo que buscamos es tangible
y hay un solo minuto irrepetible
para alcanzar su límite concreto.

Quiero tocar la vida. Es una rosa
abierta en un costado. Es un camino
por el que ir tanteando, peregrino
hacia la identidad de cada cosa.

toco a tientas

Toco a tientas tu cuerpo y reconozco
sus hermosas fronteras que me aguardan.
Lo que haya más allá lo desconozco.
Dejo que aquí mis manos ahora ardan.

Sólo somos un límite que toca,
que se descubre en puro tacto ardiente.
Un tentáculo vivo es cada boca
y una yema en contacto cada diente.

Somos la realidad corpórea y viva
que en ciega colisión se reconoce.

Candente rastro en forma fugitiva
que va buscando un amoroso roce.

Sólo en el torpe cerco de lo oscuro
este tangente, apasionado empeño
desde su convicción se alza seguro.
Lo demás flota en humo, en niebla, en sueño.

tacto

Si te toco las palmas de las manos
me parece que toco la esperanza
pero no toco más que un mediodía.

La convicción de que estoy vivo nace
de tu piel en mis dedos. Certidumbre
de ser, cuando te toco.

Donde la vida vive es en el tacto.

La arena de tu cuerpo,
la rosa de tu cuerpo,
el terciopelo de tu cuerpo,

el fuego de tu cuerpo,
la espina de tu cuerpo...
Reconozco
el vivir.
Me desposo con la vida.
Como la carne dulce de la tierra
va a desposarme con la muerte. Otra
forma de tacto, al fin.

pongo la mano

Pongo la mano no en el fuego, en esta
llama dura y perpetua de las cosas:
me da cada volumen su respuesta.
Unas respuestas silenciosas

voy recibiendo a cada tacto, a cada
consistencia que toco y que sopeso.
En cada forma una verdad callada
e irrebatible hallo, un firme hueso

de realidad, columna que vertebra
la vida, este contacto
diario que es vivir, huso que enhebra
el hilo vivo en cada vivo acto.

Paso mi mano por la piedra, gota
cósmica; por el tronco
del árbol, dios que brota
de un paraíso bronco;

por los ásperos labios cereales,
por las frutales curvas encendidas,
o por los artesanos, serviciales
objetos de funciones aprendidas.

Somos deudores de esta fiel ayuda
que del contorno físico nos viene.
Hay una vida persistente y muda
en la que nuestra vida se sostiene.

Y la mano que toca lo constata
y con unción en cada objeto posa.
Tocar es una fuerza que nos ata
con gratitud humilde a cada cosa.

al tocar una tapia

Me da miedo tocar estos ladrillos
que enjalbegó una mano prisionera
sobre sangre. Esta tapia, esta frontera
de la muerte. Saltaron amarillos

yesos quemados y salpicaduras
de ejecutadas rosas. Aún me quema
la costra desconchada, el apostema
que quieren olvidar falsas blancuras.

Injuriada pared. Tocar da miedo.
Es un testigo del terror. No puedo
palpar su confesión ensangrentada.

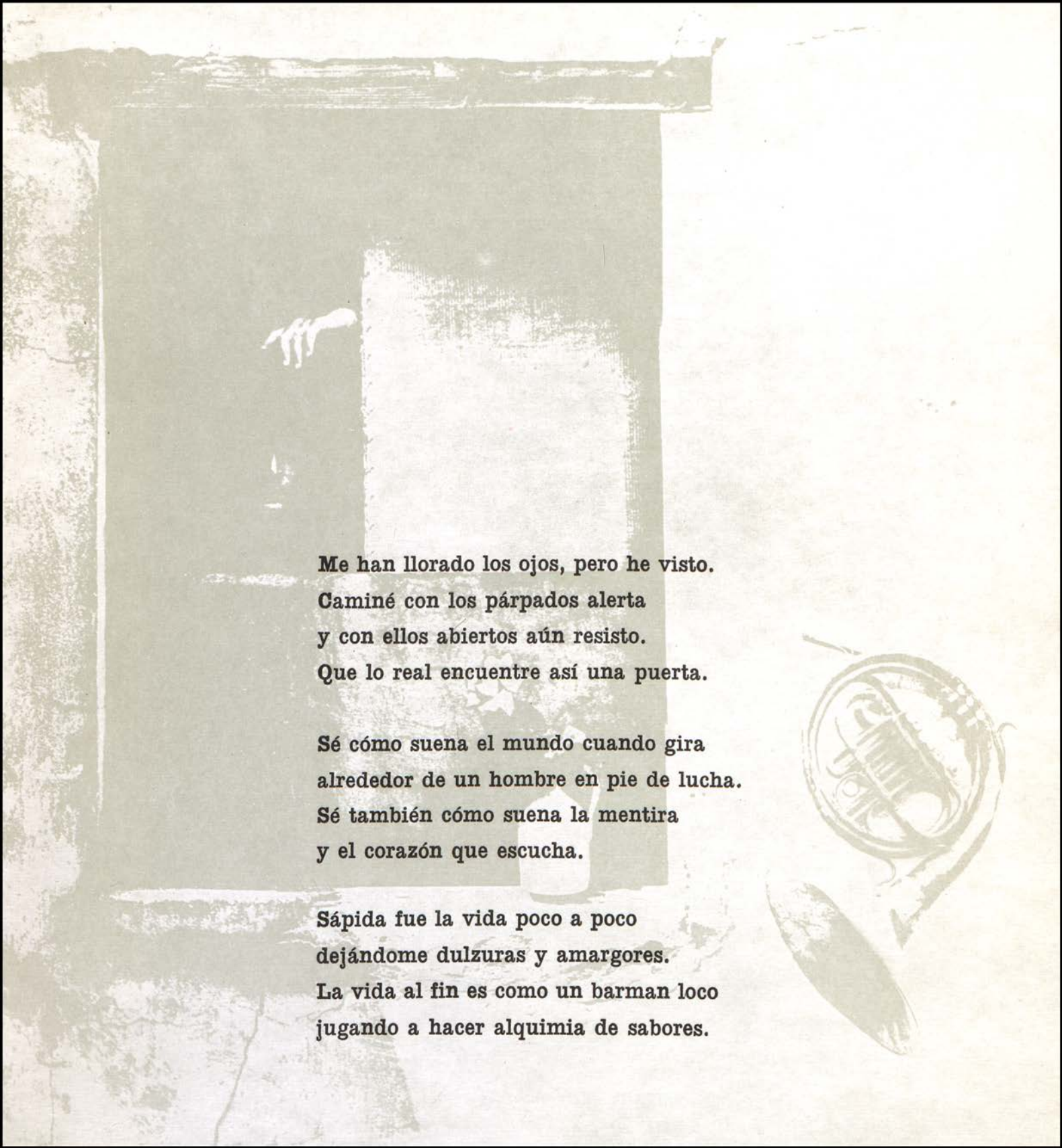
Madre martirizada, costa herida,
carne amparando tanta rota vida,
con un alma de yeso fusilada.

toco madera

Toco madera, cumplo el exorcismo
que me libera de fantasmas,
me cura de demonios irreales.
Esta mesa que toco es una tabla
de salvación.
El barco se va a pique,
en la duda naufraga.
Llego a la mesa. Toco
madera. Aquí diaria-
mente las cosas se me ordenan y hago
de muchos sueños tabla rasa.

6

creo en la realidad



Me han llorado los ojos, pero he visto.
Caminé con los párpados alerta
y con ellos abiertos aún resisto.
Que lo real encuentre así una puerta.

Sé cómo suena el mundo cuando gira
alrededor de un hombre en pie de lucha.
Sé también cómo suena la mentira
y el corazón que escucha.

Sápida fue la vida poco a poco
dejándome dulzuras y amargores.
La vida al fin es como un barman loco
jugando a hacer alquimia de sabores.

He percibido bajo los aromas
el husmo de las cosas al ocaso.
El olfato conoce los idiomas
de todo, a redroviento, paso a paso.

Y nacieron las formas dulces, suaves,
ásperas, esquinadas, en mis dedos.
Alguna vez toqué y quemé mis naves.
Otras toqué, y me llené de miedos.

Mi lengua y mis oídos y mis manos,
mi nariz y mis ojos, interrogan.
La realidad les da sus soberanos
argumentos. Dialogan.

Ante estos cinco jueces he tenido
frente a las cosas un duro careo.
Olí, toqué, gusté, vi y he oído.
Testigo soy. En la realidad creo.

índice

1

Vivir para ver
Veo la mañana
Veo el dolor
Veo un juego triste
Veo los niños
Ante los *objetos* de Manolo Millares

2

Oigo crecer la yerba
Oigo la voz
Oigo el llanto
Oigo la risa
Oyendo música
Como quien oye llover

3

Algo huele a podrido en Dinamarca
Olor a tierra
Olor a tierra
Ese acre olor
Recordando un perfume
Hueles de una manera diferente
Huelen las rosas

4

La vida es un sabor
El sabor del pan
El sabor de la sangre
Los humildes sabores
Mordí una naranja amarga
Aquellas sopas de ajo

5

La mano en el costado
Toco a tientas
Tacto
Pongo la mano
Al tocar una tapia
Toco madera

6

Creo en la realidad

La primera edición de este número 6 de la Colección «FUENDETODOS» de Poesía se terminó de imprimir en «OCTAVIO Y FÉLEZ», S. A., Paseo de Cuéllar, 11 y 13, de Zaragoza, el día 30 de agosto de 1970, según diagrama y dirección de JULIO ANTONIO GÓMEZ, con ilustraciones de Joaquín Alcón y la supervisión técnica de Luciano Gracia. Se utilizó papel offset «Presscol», 70×100, de 52 kg. (Rf.ª: 5434) y cartulina «Zurbarán número 7 (2 ½, 318 gr. m.). Se emplearon tipos «Antigua Weiss» —cuerpo 16—, «Futura texto —cuerpos 10 y 12—, junto con «Helénica seminegra» —cuerpo 16—. Los titulares, emblemas y capitales han sido especialmente diseñados para esta edición y se hallan debidamente registrados. El color auxiliar está inspirado en la palidez de las naranjas españolas ante el frío de los largos viajes marítimos.

coleccion "fuendetodos" de poesia

dirigida por JULIO ANTONIO GÓMEZ

c/ Doce de Octubre, 42

ZARAGOZA

TÍTULOS PUBLICADOS:

1.—«LOS SOLILOQUIOS», de Miguel Labordeta
2.—«HABLAN LOS DÍAS», de Luciano Gracia
3.—«LOS QUE VIVEN POR SUS MANOS», de Ramón de Garciasol
4.—«ACERCA DE LAS TRAMPAS», de Julio-Antonio Gómez
5.—«MUNDO A SOLAS», de Vicente Aleixandre
6.—«CON LOS CINCO SENTIDOS», de Leopoldo de Luis

TÍTULOS EN PREPARACIÓN:

7.—«CAMPOS SEMÁNTICOS», de Gabriel Celaya
8.—«MIENTRAS», de Blas de Otero
9.—«CANTAR Y CALLAR», de José-Antonio Labordeta
10.—«HAMBRE», de José-María Alfonso
11.—«NECRÓPOLIS», de José-Ignacio Ciordia

DISTRIBUCIÓN:

Para Cataluña: «LES PUNXES», c/ Roselló, 260, BARCELONA - 9
Para el resto de España: «VISOR», c/ Isaac Peral, 18, MADRID - 8
Suscripciones para Universidades extranjeras:

EDICIONES JAVALAMBRE

c/ Doce de Octubre, 42, ZARAGOZA

Si nos viésemos forzados a emparejar un solo concepto al nombre de LEOPOLDO DE LUIS, escogeríamos sin dudar la palabra «perfección». LEOPOLDO DE LUIS ha hecho de su vida, de los cincuenta y dos intensos, duros, lúcidos años de su vida, una búsqueda constante de la perfección. Y no hablamos aquí de un indagar por lo bello, lo exquisito y lo puro, sino —muy al contrario— de un afán por lo noble, lo justo, lo humano. El poeta es responsable de sus versos ante sí mismo. Y dará cuenta a la vez —nunca por separado— tanto de su vida cuanto de su poesía. LEOPOLDO DE LUIS une las dos trayectorias, encara las dos vertientes, puede alzar firmemente a la luz las dos posturas. Algún día se dirá —algún día podrá saberse— de su importante proceder como poeta y de su más importante proceder como hombre, de los muros que no traspasó, de los golpes que no le dolieron, de la esperanza que no le fue permitida, del olvido y de sus hambres, el morirse en el dolor de los demás, en el reparto no para todos por la crueldad de unos pocos.

Ya han quedado muy lejos los días animosos de la fundación del «Pregón Literario» o del entusiasmo volcado en la Colección «Mensaje» e incluso la exultación del Premio «Índice», que en 1951 acaba toda una época de su poesía, una época enmascarada por un tinte gongórico aunque siempre, siempre verdadera. LEOPOLDO DE LUIS revierte en una lírica más tierna y melancólica pero —y precisamente por eso— más lúcida, dura y acusatoria. El poeta lima sus artesonados, se libera de todo cuanto otros poetas —ay por ellos— consideran imprescindible. Y nos surte de frutos, los más límpidos, los más humanamente ciertos.

«CON LOS CINCO SENTIDOS» es uno de esos libros que al poeta le son permitidos dar cuando tiene más abiertos los ojos y más atento el corazón. Nada sobra aquí, nada falta, nada distrae ni rebosa. Cada verso, cada imagen, cada palabra, se levantan, chocan, gimen o acusan, con temblor y vida auténticos, sin paliativos, sin concesiones. El poeta ha buscado intencionadamente las puertas a través de las que el hombre halla la percepción física y dentro de las que debe producirse la plenitud del conocimiento solidario. Cinco sentidos, negados en muchos, que el poeta pone a nuestro alcance como testimonio brutal, develador, frente por frente al viento de la ira que nos lleva a un amor, a una esperanza.

JAVIER CLIMENT

EDICIONES JAVALAMBRE

ZARAGOZA-PARIS-MADRID-STA. CRUZ TENERIFE